

Que demue 1.03
SET.

Fragmento

de un Capítulo inédito sobre el Libertador

....Es extraño que aún no haya aparecido en América el cantor de Bolívar, y que tengamos que retroceder hasta Olmedo para encontrar al bardo épico!.... "A la Victoria de Junín" continúa siendo, pasado casi un siglo, el canto de nuestra Libertad! Culpables son todos los vates de la América Latina; pero más culpables los poetas venezolanos. Negar que hayamos tenido en Venezuela, desde la Independencia a los días que corren, grandes poetas, sería suprema tontería o notoria injusticia. Muy notables y hasta geniales los hemos tenido, para honra de la Patria nuestra; bastará con recordar al virgiliano Andrés Bello; al romántico José Antonio Calcaño; al parnasiano Jacinto Gutiérrez Coll; al exótico Pérez Bonalde; y conste que solo quiero referirme a cuatro poetas que han conquistado con la muerte el derecho a disipar envidias y a reco-

ger unánime sufragio. Pero nuestros poetas sollozaron en los cementerios, padecieron de amor, esparcieron rosas sobre Psiquis y Venus, contemplaron extáticos nuestra asombrosa Naturaleza; cantaron con Horacio, con Ovidio, con Lucrecio o Teócrito; pero no surgió Píndaro, el gran lírico, ni apareció el épico apolíneo digno de las hazañas del genio de Bolívar. No me cabe la menor duda de que los hemos tenido capaces de salir airosos del empeño. ¿Faltóles acaso la osadía de ejecutar la obra? ¿O acariciaron largos años el ensueño sin hallar momento propicio para realizarlo? Porque sería imposible comprender que los grandes poetas venezolanos no hayan llevado en la mente, siquiera cual lámpos fugitivos de luz, el noble anhelo de cantar al mayor de los venezolanos. El cantor de Bolívar no ha surgido todavía: ¿quién será ese cantor?

Exprofeso no había querido aludir a los prosadores de la América Latina, porque ellos sí han cumplido, estudiando, aunque sea en elocuentes síntesis, la figura excelsa del Libertador. Con el ecuatoriano Juan Montalvo, el uruguayo José Enrique Rodó, y el peruano Francisco García Calde-

rón, han cumplido los prosadores de nuestra América. En la propia Venezuela nos está salvando, a los que galardeamos de prosistas, la obra de Felipe Larrazábal. Sin aquel ilustre panegirista, cuán cabizbajos andaríamos quienes solemos escribir y pensar para el público en la tierra de Cecilio Acosta! Pero si Larrazábal nos está salvando del feo pecado de indiferencia a los prosadores venezolanos, no creáis amigos que tenemos derecho a enorgullecernos, ni que hemos satisfecho nuestra acreencia con el Padre de la Patria. No bastan la alusión oratoria, o el inciso encomiástico; las biografías y monografías de los escritores extranjeros, que en ellos constituye mérito, sería en nosotros mengua mental o pobreza del esfuerzo. Ni ha sonado la hora de hurgar la Historia para descubrir errores y defectos en la vida o el carácter del Libertador. Felipe Larrazábal supo muy bien lo que se hacía cuando lanzó en América su canto laudatorio. Ni a su generación, ni a la nuestra, pertenece sacar a relucir las máculas, por diminutas que fuesen, del genio de Bolívar. Qué digo! Pues si las tuvo, ojos venezolanos no deben verlas. Deslumbra-

dos por la luz de aquel Sol, nuestros ojos no pueden ver sino claridades ofuscantes y colores de arco íris. Demasiado cercanos de su grandeza; como el viajero dormido a orillas del mar, al despertárenos con el alba, solo podemos contemplar la inaccesible magestad del horizonte, y el suave misterio de la Aurora alzándose entre piélagos de púrpura....

Ciegos, vehementes, intratables, debemos ser los venezolanos cuando se nos toque a aquella Cumbre. Si otras naciones viven inflándose de vanidad con Caudillos de segundo orden, y escudriñan archivos e interpretan hechos caprichosamente para probar que fueron hombres extraordinarios, en noble deseo de imponerles a la universal admiración, qué no debiéramos hacer nosotros con nuestro Gigante! Con los dedos de una mano pueden contarse en la Historia los genios aptos de parangonarse con Simón Bolívar. Qué tierra privilegiada la nuestra a quien los Hados predestinaron para engendrar tal hombre! Venezuela nació como esas princesas de los cuentos maravillosos, con una estrella en la frente, marcada para aquel milagro. Pero el milagro

prodújose cuando también nacía la Patria. Si tan rara coincidencia engendra en el pecho de los venezolanos más entrañable afecto hacia el Libertador, porque confundióse en aquel ciclo heróico su sangre con nuestra sangre en légamo suavísimo, simbolizando cómo todo se lo debemos a su corazón y a su espada, la gloria de Bolívar tenía que luchar con la pequeñez de su Patria. Bonaparte apareció en Europa cuando Francia hallábase en la plenitud del apogeo, invicta y dominadora; y el nombre del guerrero francés fué célebre en breves días; el mundo tenía fija la mirada en sus proezas, porque Francia iba iluminando el camino del héroe. A la verdad aquel genio de la guerra no necesitó artistas ni poetas que cantasen sus hazañas, porque su Patria vestía manto y ceñía corona. Lo propio acaeció siglos atrás con Julio César. Roma era dueña y señora del mundo cuando surgió el mayor de los romanos. ¿Por qué extrañarse que la Fama le besase en la frente en los primeros destellos de su renombre? En cambio, Venezuela no podía ofrendar al hijo Epónimo sino su amor, y el orgullo de haberle dado a luz.

Noble era la madre; pero joven, ignorada y pobre. Al contrario de sus dos émulos, Bolívar, en bautizo olímpico, debía ungir la Patria con el óleo de su propia grandeza.

No creo, sin embargo, que nuestra Historia deba permanecer en el ciclo poético de la "Venezuela Heróica" de Eduardo Blanco. Y sería injusto sostener que nada han hecho los escritores venezolanos en ese camino; creo al contrario, que es en los campos de la Historia en donde más ópima cosecha hemos estado recogiendo en la última década; y en donde mayores energías y más nobles propósitos hanse venido desarrollando. Y no es posible negar la intensa labor de tantos, de González Guinán y Gil Fortoul, al irremplazable Landaeta Rosales, como están hoy contribuyendo a la edificación de nuestros Anales. Obsérvase precisamente el caso curioso, de que son las cuestiones históricas las que despiertan más interés en la Prensa, y por las cuales se libran más apasionadas polémicas. El panegírico sistemático de Bolívar, y el estudio progresivo de nuestra Historia no contienen paradoja alguna, ni se con-

tradicen de ninguna manera. Perfectamente clasificada ya la figura ciclópea del Libertador, la Historia podrá a lo sumo aumentar el pedestal donde reposa el Héroe proteiforme. Pueden los rapsodistas propagar su leyenda como en los tiempos del divino Homero, cantando al aire libre en la montaña, o a la puerta de humilde choza, bajo la luna pálida. Y pueden los de más alta jerarquía, sin temor de equivocarse, pulsar la lira o tañer las flautas, para llevar al suelo extranjero los ecos de su gloria inmortal.....

PEDRO CESAR DOMINICI

(El Marconigrama)

—El amor en los mozos, por la mayor parte no lo es sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando a alcanzarle se acaba y ha de volver a atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso a lo que es verdadero amor.

—No todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad.

CERVANTES

620 -

El Rey Alberto

En los siglos venideros las madres contarán a sus hijos en las largas noches de invierno la leyenda del Rey Alberto.

“Una vez era un rey, hijos míos, que reinaba sobre un pequeño pueblo, industrial, noble y bravo. Y este rey era noble entre los más nobles y bravo entre los más bravos. Cerca de él vivía un gigante temeroso que reinaba sobre un gran pueblo de guerreros. Este gigante mantenía en suspensión y espanto a cuantos le rodeaban y rebosaba de poder y de orgullo. Además, poseía un cañón maravilloso, grande como una catedral, con el cual arrasaba los campos y pulverizaba las ciudades. Vecino del pequeño pueblo vivía otro rico y feliz que el gigante codiciaba.

—Déjame pasar por tus Estados— le dijo un día a nuestro rey— quiero aplastar y reducir a la servidumbre a esa nación que cerca de tí se halla. Si me dejas el paso libre, tendrás dinero, participarás del botín que recoja: algunos de los Estados de esa nación pasarán a tu poder. Si no me lo dejas, arrasaré tu pequeño pueblo y serán todos esclavos.

—No pasarás sino sobre nuestros cadáve-

res—respondió el rey valeroso.—Mi pueblo, que es uno de los más prósperos del orbe, estima mucho sus fábricas, sus riquezas, sus grandes ciudades, sus hermosos monumentos, pero estima más su honra. Las piedras pueden colocarse otra vez unas sobre las otras, pero ¿quién alzaría de sus ruinas el honor derrumbado? Guarda tu dinero, tóma el mío y el de mis compañeros si te hace falta, arráncanos si quieres la vida, háznos esclavos; no lograrás hacernos viles.

Entonces el gigante cruel cayó sobre aquel diminuto pueblo, destruyó sus ciudades, quemó sus aldeas, degolló a muchos de sus habitantes y sembró por doquier el espanto y la desolación.

El rey magnánimo salió de sus estados pero, ¡caso extraño!, los encontró mucho mayores. Todos se declaraban sus vasallos. Dondequiera que iba se le aclamaba como a un emperador victorioso: las mujeres deshojaban flores sobre su cabeza, los hombres agitaban sus sombreros, gritando: ¡viva el rey!

Al fin rodeado de un puñado de soldados heroicos penetró nuevamente en sus Estados y comenzó la reconquista. Muchos hombres le ayudaron, los unos con su espada, los otros con su pluma, los otros con sus oraciones. Los ángeles del cielo le abrieron paso. Y palmo a palmo, en lucha tenaz y sangrienta, se fue apoderando de su perdido reino. Cuando al

cabo logró sentarse otra vez sobre su trono, el universo entero dejó escapar un grito de alegría. Porque la justicia había quedado triunfante, la ley de Dios cumplida y el poder de los hombres vencido.

Hijos míos, este rey fue después dichoso sobre la tierra y ahora lo es en el cielo."

ARMANDO PALACIO VALDES

El estadista inglés Gladstone—el más eminente de los ingleses, como por unánime consenso se ha reconocido,—no era en su patria ni el mejor orador, ni el escritor más pupular, ni el más hábil parlamentario, ni el más afortunado jefe de partido, ni como hombre de ciencia figuraba tampoco en primera línea; pero sí era sin disputa el más sincero, convencido y abnegado batallador en pro de todas las grandes causas; el más enérgico y perseverante campeón de la libertad y de la democracia; el más encarnizado enemigo de todas las tiranías, desde la del gran propietario irlandés hasta la del Sultán de Constantinopla; el más intransigente con las cábalas, intrigas y oportunismos de aquellos políticos que sólo buscan el éxito y las conveniencias de sus respectivas banderías.

CARLOS MARTINEZ SILVA

(*Repertorio Colombiano.*) Marzo de 1899

Las naves

I

¡Naves de Iberia! Sacras palomas de gloria,
 que henchidas de Ideal volásteis bajo el cielo
 curvadas vuestras velas, ¡alas de la victoria!
 ¡Oh, palomas sagradas de magnífico vuelo
 —doradas a la aurora,
 negras en el Erebo solitario—
 que fuisteis más allá que los sueños más puros
 que soñó el visionario
 en la eclosión de la sublime hora,
 abierta a la esperanza de los tiempos futuros!
 Las alondras del día
 os saludan—¡las aves
 del Sol!—en la armonía
 de los vientos veloces. ¡Gloria, ibéricas naves,
 que arrullaban las olas y el azul envolvía!

Recorristeis los mares excelsos de la Tierra
 en el orto fecundo del pasado español.
 ¡Oh, naves triunfadoras,
 augustas en la paz e invictas en la guerra!
 Cual melodiosa fuga de albatros bajo el Sol,
 pasásteis, arrogantes, por las olas sonoras
 como el soplo del viento,
 ¡áureas naves divinas!
 Vuestras velas latinas,
 perfiladas al fondo del azul firmamento
 transportaron la luz del pensamiento
 a las playas quiméricas.
 Ibais al Occidente,
 en donde el Sol se oculta cada día,

y encontrásteis la aurora, blancas naves ibéricas,
¡encontrásteis la gracia del Oriente
en las australes ínsulas que el piélago os abría!

El amplio mar sonoro,
tras sus ondas inmensas, os cedió su tesoro.
Nuevas tierras brotaron
de las ondas marinas,
que las naves cruzaron
como en verdes llanuras mariposas divinas.
¡Oh, naves que salvásteis los misterios oscuros
que hicieron mil leyendas!
¡Salve, albatros supremos! ¡Blancas naves,
augustas en la paz y en las contiendas,
que fuísteis más allá que los sueños más puros!
La honda racha sonora
os dió ritmos concordés y suaves;
el Sol, las áureas flechas que difunde su aurora;
Atalanta, su vuelo,
que conduce a la gloria,
¡y sus alas espléndidas, que conocen el cielo,
la divina Victoria!

II

Llenos seán los mares
de vuestras plenitudes y de vuestros despojos,
naves peninsulares,
blancas naves, magníficas y bellas.
que Argos, estupefacto—pastor de las estrellas—,
desde el celeste campo miró con sus cien ojos,
que vigilan a Europa, avanzar arrogantes
hasta allí donde erigen los crepúsculos rojos
quiméricos paisajes en las nubes distantes.
Altas arboladuras,
sonoras como arpas al tañido del viento;
naves blancas y puras
que sois para el mañana nuestro presentimiento:
aún las olas amargas en sus bellos cantares

al cielo se lamentan doloridas
 por las hondas heridas
 que abrieron vuestras proas sobre todos los mares,
 bajo las magnitudes florecidas
 de aquella ardiente aurora que aún es nueva.

¡ Oh, naves inmortales,
 émulas de las águilas caudales del Imperio
 que el patrio impulso lleva !
 ¡ Albatros ideales
 que no reconocísteis terrestre cautiverio !
 Fué Hesperia vuestro nido
 —pirámide que eleva
 su cumbre al cielo azul, por quien suspira—;
 fué Hesperia vuestra madre, que el cielo azul inspira,
 ¡ naves conquistadoras
 labradas con los robles de las selvas sonoras
 que poblaron las cumbres y llanuras,
 como luego poblaron vuestras arboladuras
 los mares ignorados de mástiles augustos !

A los campos ibéricos un día preguntaron
 mil voces conmovidas:

—Decid, llanos y cumbres: ¿dónde están los arbustos
 de las selvas antiguas que alegraron las aves?—

Y los llanos y cumbres costestaron:

—Raza de los iberos, raza invicta, ¿sabes
 qué fué de los pinares y los robles robustos
 que poblaron la selva? ¡ Los talaron
 las hachas de los fuertes armadores,
 y con ellos labraron
 las innúmeras naves
 de los conquistadores.

Las voces repitieron:

—¡ Oh, llanuras! ¡ Oh, cumbres agostadas y muertas
 que ofrecísteis un tiempo florecido tesoro!—

Y otras voces del seno de la tierra dijeron:

—¿ Qué importa que quedaran nuestras selvas desiertas

si las naves gloriosas nos traían el oro?
 ¡Oh, naves prodigiosas!
 Albatros que cubristeis con las alas abiertas
 los países de ensueño, las tierras fabulosas:
 sabe el mar vuestra gloria; sabe el viento
 vuestra gloria divina,
 y la límpida estrella matutina,
 y los astros que exornan el magno firmamento.
 Os saludan las aves
 precursores del día. ¡Gloria, ibéricas naves,
 que sois nuestro pasado y sois nuestra esperanza!
 ¡Gloria a los marineros
 que lo mismo empuñaron los remos que la lanza!
 ¡Númen de los iberos!
 ¡Héroes de las Españas!
 ¡Gloria al celo fecundo
 de la madre inmortal que nutrió en sus entrañas
 los robustos maderos
 de la primera nave que dió la vuelta al mundo!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

La Rábida

—*Cuando se pone la mira en la hermosura del alma y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y ventajas.*

—*Bien venturoso aquél a quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo.*

CERVANTES

Una impresión de Roma

—Me pregunta usted— dije a mi interlocutor,—por qué afirmo que este ambiente de Roma es una lección perenne de tolerancia activa y positiva, de serenidad y amplitud. Lo afirmo por lo que se refiere al sentimiento religioso, y lo afirmo poniendo preferentemente la atención en los fanáticos de nuestra parte, en los fanáticos del librepensamiento.

No consiste esta influencia apaciguadora en la sugestión de religiosidad que irradie de la infinita muchedumbre de las iglesias romanas. Aún estoy por encontrar en Roma el templo que mueva la imaginación de modo favorable a la emoción religiosa. Ni “San Pedro”, con su titánica grandeza y su magnificencia deslumbrante; ni “San Pablo”, con la majestad abrumadora de sus mármoles y granitos; ni “San Juan de Letrán”, con sus gigantescas estatuas; ni “Santa María Maggiore”, con la estupenda riqueza de sus capillas laterales, ni otro alguno de los templos de esta capital del orbe católico, ha tenido la virtud de ajustar mi imaginación al tono religioso de que no me siento, sin embargo, incapaz. Son todos ellos museos preciosísimos, cautivadoras galerías,

salas grandiosas, imponentes monumentos; pero falta el ambiente indefinible de misterio y de unción, aquel toque de ángel a que responde el alma con la nostálgica aspiración a lo divino..... Las invisibles alas que en la austera semi-obscuridad del templo gótico os arrebatan hacia la luz que inflama, allá arriba, los gloriosos vidrios de colores, no acuden a vosotros dentro de estas iglesias rehechas y caracterizadas por el Renacimiento, donde podrían, sin incongruencia, hospedarse los dioses del Olimpo.

Tampoco aquel respeto con que aquí se impone al espíritu desapasionado la fé religiosa puede proceder de la presencia de recuerdos que certifiquen la pureza de su desenvolvimiento, la consecuente verdad de su realización, siendo así que lo que testimonian estas piedras de Roma es el desigual y a menudo ignominioso proceso del Pontificado, y es sabido que la impresión romana, recibida de cerca por el más famaso de los heresiarcas, obró como causa determinante de la ruptura de la fé.

Si Roma, vista con ojos de inteligencia y de sinceridad, por un espíritu realmente emancipado de preocupaciones viejas o nuevas, ennoblece el concepto de la religión que aquí tiene su centro, persuade de la justicia que le es debida como tradición humana, como determinación histórica del ideal, es porque en esta ciudad se manifiesta, con la muchedumbre y

la grandeza de sus monumentales tesoros, la capacidad creadora de esa religión, en sus siglos de plenitud y de verdadero dominio; la radiante inspiración del genio católico iluminando el alma de esta raza de coloristas y estatuarios: los veneros de belleza, de idealidad y de amor, que la fe hoy abatida supo arrancar a la conciencia de las generaciones que fueron.

Sólo hay una ceguera comparable a la ceguera de los fanáticos reaccionarios cuando se trata de columbrar el porvenir, y es la ceguera de los fanáticos innovadores cuando se trata de comprender el pasado. En las ideas y las instituciones que ha desamparado el tiempo verán sólo la parte negativa, la razón de su caducidad; no el espíritu de vida que les dió oportunidad y eficacia; no el legado impercedero que las vincula solidariamente a aquellas que las han sucedido. Si aún hubiera quien creyese en los dioses paganos, se comprendería la belleza de su concepción, la gracia seductora y el sentido profundo de aquel culto de la naturaleza, que selló para siempre con sus símbolos la imaginación de los hombres. Es necesario olvidar que la fe católica es todavía materia de disputas humanas y remontarse a considerarla ideal y desinteresadamente, para sentir la belleza inefable de sus formas, la avasalladora grandeza de su espíritu. Y esa amplitud y esa serenidad de visión nunca se

logran de tan cumplida manera como cuando se tiene ante los ojos la perspectiva artística e histórica que esta maravillosa Roma desenvuelve.

En presencia de los Profetas y los réprobos de Miguel Angel, las Logias de Rafael, y su "Transfiguración", el estupendo "San Jerónimo" del Dominiquino, y los frescos de Ghirlandajo y de Botticelli, o de cualquiera otra de las obras de genio que perpetúan asuntos religiosos, la mirada que busque el fondo reconocerá, por debajo de la interpretación del artista, la inspiradora virtud de la idea, la hermosura o la grandeza esenciales de la imagen representada, del sentimiento debido a la fe que eligió en el artista el realizador de una de sus íntimas visiones. Como hay en los paganos dioses una belleza ideal que hicieron plástica los mármoles que los figuran, la hay en el sobrenatural cristiano, ya severa y terrible, ya tierna y lacrimosa, y estos cuadros la manifiestan, a pesar de la mezcla de paganismo con que suele enturbiar su religiosidad el espíritu del Renacimiento.

Y si el arte sugiere el respeto por la muerta fe, igual sentimiento fluye de la consideración histórica de este inmenso escenario. Ciertamente es que la Roma papal, con su apogeo de impura Babilonia y sus postrimerías de rezagada teocracia, comparece en la memoria del observador; pero la actual anulación del Pontificado

como realidad política, hace que esos rasgos se subordinen y cedan en nuestra atención a un cuadro mucho más vasto e indeleble: el del triunfal desenvolvimiento de la idea cristiana, desde sus orígenes humildes hasta sus días de inaudita universalidad y de materna preeminencia. La imaginación ve formarse aquí el árbol majestuoso, dos veces milenario; asiste al germinar de su simiente oscura en la sangrienta arena del Coliseo, en la húmeda sombra de las Catacumbas; lo representa, en el arco de Constantino, levantando al cielo el tronco ya espeso y consistente, y luego, en el Palacio de Letrán, en el Vaticano, en la iglesia de San Pedro, con sus confesionarios para veinte idiomas distintos, evoca el tiempo en que la copa anchurosa tiende su sombra sobre la redondez del mundo.

Por eso es noble y saludable la influencia de Roma, para los espíritus que vienen a ella sin fe, pero sin odio; por eso afirmo que hay en las sugerencias de este ambiente una perenne lección de tolerancia; una iniciación, en ninguna parte tan perfecta, del sentido histórico, de amplitud humana, de superior y fecunda armonía.....

JOSE ENRIQUE RODÓ



Madama de Montbazón

La dama de compañía arregla sobre la mesa un vaso de flores, y las bujías de cera, cuyos reflejos dan cambiantes rojos y amarillos a las cortinas de seda azul de la cabecera del lecho de la enferma.

—Tú crees, María, que venga?

—Oh, dormid, dormid un poco, señora!

—Sí, voy a dormir pronto, para soñar con él toda la eternidad.

Se oyó alguien que subía la escalera.

—Oh, si fuera él!—murmura la muribunda sonriendo, yá la mariposa de las tumbas sobre los labios.

Es un pequeño paje que trae de parte de la Reina, a la señora Duquesa, confituras, bizcochos y elixires, en azafate de plata.

—Oh! que no vendrá, dice ella con voz desfalleciente; que no vendrá! María, dadme una de esas flores para que la respire y la bese por amor suyo.

Entonces Madama de Montbazón, cerrando los ojos, quedó inmóvil. Había muerto de amor entregando su alma en el perfume de un jacinto!

ALOYSIUS BERTRAND

(Del libro *Gaspard de la Nuit.*)

Orientaciones hispano-americanas

Dicen que en los *boardings* de los Estados Unidos suelen vivir años lado a lado dos personas sin llegar a saludarse ni a saberse los nombres. Lado a lado viven los países americanos hace varios siglos, y ya casi uno, a contar desde que nacieron a la vida nacional independiente; y si acaso todos se saben los nombres sin equivocarlos, no va mucho más lejos la profundidad de su mutua ciencia. De ahí la utilidad de procedimientos de divulgación como el de las Conferencias, que ojalá se generalizara.

Fomentar el deseo de una mejor inteligencia, de más frecuentes contactos y de una mayor penetración intelectual y moral, es lo que debemos procurar con ahinco los que aspiramos a la creación de un verdadero espíritu latino-americano, de una solidaridad latino-americana.

Si no nos estimamos lo bastante es porque nos ignoramos, y si a veces aparecemos como desdenándonos es porque el aislamiento en que vivimos no nos permite disipar prejuicios ni descubrir las aptitudes y el fondo bueno por que todos nos distinguimos. Tratándonos, veremos que estamos

desde todo punto de vista mucho menos distantes de lo que pensamos y que tenemos para enseñarnos los unos a los otros mucho más de lo que sospechamos.

Tengo la convicción de que nada sería más fecundo que el estudio metódico que de nosotros mismos emprendiésemos: de él derivaríamos más provecho que del de los países de Europa, porque la analogía de nuestros progresos y aciertos nos los hace más asimilables, y porque la comprobación de nuestros errores nos sugeriría el mejor modo de evitarlos o enmendarlos.

Está muy bien que encaminemos de preferencia nuestra propaganda hacia Europa, que nos da la orientación intelectual, que compra nuestros productos, nos manda los suyos y de donde deben venirnos capitales e inmigrantes; pero esa no debería ser una obra exclusiva: algún esfuerzo convendría dedicar a la propaganda en América. Ya que no permuta de profesores universitarios como la iniciada entre Alemania y Estados Unidos, sí podría intentarse el cambio de alumnos, el cambio de visitas oficiales, el cambio de viajeros, y sobre todo el cambio de ideas, en la forma de canje regular de libros, revistas y periódicos.

RAFAEL URIBE URIBE

(De una conferencia dada en Río Janeiro en julio de 1907.)

Las cuatro virtudes cardinales

I.—LA VERDAD

(Veracidad, lealtad, dignidad....) La sinceridad es la verdad. La sinceridad es la más grande de las condiciones humanas. Es la más absoluta y durable. Es el soplo de la vida de la historia. Es el diamante que se funde al rojo blanco de las pasiones más bellas. Es la más elevada de las funciones psicológicas. La forma tangible de la sed de lo infinito, de la aspiración de progreso. La manifestación de aquella facultad que destaca con un nimbo la frente del hombre en el marco oscuro de los cráneos de la bestia: la *aspirabilidad*. Con sinceridad, todo; sin sinceridad, nada. Con ella el hombre es Prometeo, es Júpiter mismo; sin ella es un reptil que arrastra su carne en el fango. La sinceridad del hombre de genio es el dedo de Dios, que marca una ruta a los pueblos. Cuando falta, los pueblos se extravían, ¡porque el dedo de Dios no les señala rumbos!

Pero esa sinceridad, esa columna de fuego que guía las muchedumbres en la noche, a través del desierto, hacia la tierra prometida, hacia una nueva etapa del progreso, no es patrimonio del vulgo. Para éste, no hay más sinceridad que la verdad de segunda, de tercera, de centésima, de millonésima mano: la verdad que le predicán sus

pastores..... Esta verdad, como sentimiento, hay que sugerirla en los ideales de los niños..... ¡ Porque es la más útil condición para la lucha por la vida !

La mentira debe castigarse como el más grave de los delitos de la infancia. Es la falta más consciente: todos sabemos cuando mentimos. Y es el hábito más pernicioso, para el que miente y para aquel a quien se miente. Nadie ignora que se perjudica en términos generales a quien se engaña; pero creo que quien más se perjudica no es el engañado, sino el engañador. No es preciso recurrir al precepto cristiano de "no hagas a tu prójimo lo que no quieras que te hagan a tí mismo", para comprender lo exacto de esta afirmación. El hombre que acostumbra engañar a todos, sea o no sea creído por los demás, acaba por engañarse a sí mismo.

El es su primera víctima. Nunca poseerá un carácter firme, pues disimulando a los extraños, disimula a su propia conciencia sus defectos y debilidades, que se representa como méritos, y que por ello jamás hará el menor esfuerzo para corregir antes que para alentar. Para ser leal consigo mismo, es necesario ser leal con los demás. Y el desleal corre este peligro supremo: ser el principal damnificado por sus propias mentiras.

II.—LA MODESTIA

(Caridad, disciplina, prudencia, urbanidad, templanza). El hombre nace con sentimientos y necesidades personalísimas, egoístas, imperiosas. Pero destinado por múltiples circunstancias a

vivir, desde la hora del nacimiento, en contacto con sus semejantes, debe modificar su egoísmo antisocial disciplinándose, *reduciendo su personalidad en relación al medio ambiente*. Esto es, psicológicamente, a mi juicio, el *sentimiento* de la modestia. Altruísmo, caridad, disciplina, prudencia, respeto, urbanidad, sobriedad, reserva, discreción, pudor, decoro, sencillez, naturalidad, etc., son derivados o copartícipes o matices de un sentimiento fundamental que podemos llamar "modestia"..... Se diría que el hombre es un animal sociable porque combate, en su propio interés, sus sentimientos antisociales. En tal sentido la modestia es la condición de la sociabilidad. ¡Sagaces psicólogos fueron los redactores de los estatutos de las universidades medioevales, cuando reglamentaban, como en Oxford, bajo el simple epígrafe de "modestia", la disciplina, la jerarquía, el traje, los modales y las costumbres de los *scholaribus!*

La modestia es, en el mediocre, lo que la sinceridad en el hombre de talento. Es modesto quien se contenta con la verdad común, sin enjaezarla como las mulas de la feria. Es modesto quien se reduce a su esfera, sin mentir ni mentirse grandezas. Y así como en el hombre grande la sinceridad es la sabiduría, en el mediocre la sabiduría es la modestia. Con la sinceridad, aquél marca los rumbos; con la modestia, éste los sigue.

Serio defecto es en el niño, la irrespetuosidad continua para con sus superiores. Revela un fondo de bajeza y grosería..... El mejor modo de imponerle el respeto, es con el ejemplo y la palabra. *Todo hombre que lleva en sí un principio*

de superioridad comienza, en la adolescencia, a buscar sus ídolos. Diríase que como no puede hallar en él todavía esa superioridad que tiene latente y en forma de vaga aspiración, la concreta en un extraño. Los hombres de talento, de niños, encuentran generalmente esos ídolos en el pasado: un César, en un Alejandro; un Kant, en un Rousseau; un Wagner, en un Beethoven. Los varones ilustres de Plutarco fanatizan, en su juventud, a todo varón ilustre. El superhombre llega aún, en su iniciación, a identificarse, por admiración ardiente, con este o aquel precursor, a quien imita casi sin saberlo. Luego, en la juventud, cuando produce sólo, suele romper de un mazazo, dentro de su alma, los antiguos modelos. Parece que se encarnó primero en ellos, para poderles sobrepasar después. Así, en el educando mediocre debe exigirse el respeto para todos; en el superior, siquiera para algunos.

La petulancia, el exhibicionismo, la jactancia de prematura hombría, todo es inmodestia, y la inmodestia hace al hombre falso e inútil. Quien de niño se toma libertades de hombre, de hombre se tomará libertades de niño. Y no de irresponsables niños, sino de hombres responsabilísimos debe componerse toda sociedad sana y progresista.

III.—TRABAJO

(Constancia, atención, higiene.....) Muchas veces he pensado que el progreso de las naciones, y hasta sus sentimientos y su moral, están en razón directa con la actividad de los individuos. Que aun de la actividad para el mal, resulta un-

recrudescimiento en la lucha por la vida, del cual siempre la sociedad gana en experiencia y disciplina. En una palabra, creo que en un pueblo que no ha caído en la locura, puede ser más útil un bribón activo que un hombre honesto, indolente, pues el bribón, a diferencia del indolente, provoca reacciones, sentimientos e ideas: estimula el trabajo social. Y del trabajo social depende el progreso.

La mejor condición de moralidad de un hombre es saber trabajar. Quien lo sepa, no recurrirá fácilmente al fraude, aunque carezca de ideales: ¡es tanto más cómodo ser honrado que ser pícaro!

La potencia productora de un hombre es el coeficiente de sus hábitos de trabajo. Para trabajar bien es preciso tener la costumbre de trabajar. Un hombre bien intencionado que carece de hábitos de trabajo, en el momento en que se ve requerido por muchas tareas, se ofusca y quiebra. Los hábitos de trabajo hacen la *disciplina del trabajo*. La disciplina del trabajo constituye un verdadero poder de ordenamiento y clasificación. Y la disciplina del trabajo es el único preventivo contra el fracaso y la neurastenia.

El derroche y la avaricia son dos pésimas condiciones para el trabajo. Puede combatirse el espíritu de prodigalidad en las escuelas, fomentando las cajas de ahorros ó bancos escolares que en Inglaterra, Norte América, Alemania y Bélgica se llaman *pennies banks* (bancos de peniques). Los maestros pueden estimular a los niños, con un interés cualquiera, a que depositen semanal, quincenal o mensualmente su pequeño óbolo, cada cual según sus medios.

La avaricia, que es un instinto antisocial, se ataca en las escuelas patrocinando asociaciones estudiantiles, literarias, y juegos atléticos, que exigen de sus miembros cuotas de ingreso, y periódicas. Con ello se acostumbra al niño a considerar que las riquezas le imponen deberes de asociación y protección respecto de sus conciudadanos y sus semejantes.

IV.—CARÁCTER

(Voluntad, ayuda propia, esfuerzo, tesón....)

Hay dentro de nosotros mismos, como se comprueba con la introspección, una confusa y múltiple masa de tendencias, de ideas-fuerzas, de estados de conciencia que se chocan, se cruzan, se contradicen, se coadyuvan..... Pues bien; la virtud del trabajo consiste en saber excogitar para nuestra conducta los mejores motivos determinantes, anulando la acción de los motivos indiferentes, mediocres o malos. La selección no se opera siempre espontáneamente. Necesítase un criterio ético para calificar los distintos impulsos y una vez calificados por nuestros conocimientos y nuestra conciencia, realizada así la selección, para llevar a la práctica los motivos excogitados, es menester dominar los que se rechazan. A más, los que se rechazan suelen ser pasiones. El poder de rechazarlas se llama *fuerza de voluntad*, cualidad que es como la piedra de toque en la virtud del carácter. El carácter es a su vez la piedra de toque para todas las virtudes, porque significa su realización. Diríasele la virtud síntesis.

Para desarrollar la fuerza de voluntad una vez inculcada como ideal, requiérese también adquirir el hábito de usarla. Puede decirse que se desenvuelve por el uso. Para que este uso se realice, el educador tendrá siempre presente que *no se debe constreñir el ejercicio de la voluntad de los educandos sino en casos extremos*. La disciplina, antes de aplanar y mecanizar las individualidades, ha de darles un punto de apoyo para su mejor expansión. El estímulo de excesivos premios y castigos puede ser eficaz para instruir, pero no lo es jamás para educar el carácter. Aun la instrucción que se adquiere por el método jesuítico de premios y castigos, suele producir una concentrada antipatía al estudio, que se rechazará, fuera del aula, con repugnancia, como un plato del cual se ha comido forzosamente hasta el hartazgo; otras veces neurastenia..... Al inculcar esos hábitos de trabajo mental debe, pues, temerse que puedan ocasionar, o bien una fuerte reacción inhibitoria, o bien un excesivo desgaste de fuerzas.

Uno de los hechos que pone mayormente a prueba la disciplina de las escuelas, es las dificultades y querellas personales de los alumnos..... ¿Debe intervenir siempre en ellas el maestro?..... Dos objetos puede tener esta intervención: restablecer el orden y hacer justicia al agraviado. Pues bien; de estos dos objetos, en general, sólo uno me parece plausible: restablecer el orden, cuando el desorden fuera mayúsculo. En cuanto a hacer justicia al agraviado, pienso que no es este el mejor sistema de formarle el carácter..... Debe dejársele que use de sus puños en defensa

propia, sin acostumbrarle a la idea de que siempre hallará una autoridad más fuerte que le defiende, porque no es ello lo que le ocurrirá luego en las batallas de la vida..... ¡Que aprenda a defenderse con el filo de sus uñas, y si teniendo razón lleva la peor parte en la riña, que aprenda a defenderse mejor! De todos modos, por débil que sea, no se le ha de herir con gravedad, y cuando caiga, del suelo no ha de pasar..... Si tiene ideales, esas luchas, antes de agriarle, le templarán el carácter..... Y si no los tiene, ¡ahí está la educación para inculcárselos en cuanto posible fuere!

Ni el maestro ni los padres deben considerarse como representantes de la justicia divina y absoluta, en el hogar o en la escuela. El maestro es un simple representante del orden social externo; los padres, del criterio interno. En el régimen escolar deben evitarse, pues, los procedimientos demasiado restrictivos e impositivos. El docente dará al alumno todas las libertades compatibles con la eficacia de la enseñanza. No tomará parte en sus conflictos personales con sus condiscípulos. Sólo aconsejará indirectamente, y al ser requerido. Antes que provocar las delaciones, al menos cuando no sean muy urgentes y no se refieran a casos graves y que peligre la moralidad del establecimiento, vilipendiará la delación. Pero no olvidará jamás, en ese régimen de abstención y de *laissez faire*, que en todas las enseñanzas debe propenderse a formar el juicio ético del educando. El maestro no intervendrá así en la conducta práctica, sino educando el criterio del discípulo. Cada cual debe poseer, debe acostumbrar-

se desde niño a poseer su Yo personal, valiente, hermético, como una torre almenada; cada Yo debe poseer sus cualidades y virtudes típicas. El hábito de la voluntad hace la voluntad. Hay que tatuar en el corazón del niño este cruel aforismo: "*El hombre fuerte es el hombre solo.*" Y para que él no deduzca de ahí ideas pequeñas y egoístas, hay que decirle: "No busques más apoyo que en tus propias fuerzas. Reconcéntrate y desenvuélvelas hasta donde alcancen: son elásticas. Sé caritativo, sé bueno; pero no esperes que los demás sean contigo buenos y caritativos. No imites a ciertas indefensasavecillas que cuando se asustan cierran los ojos; como ellas no ven al cazador, creen que el cazador no las ve a ellas. ¡No! Ten *amor humano* para con todos, sin esperar de todos *amor humano* para contigo; tu mérito será doble y tu poder será doble. Si no depositaste confianza en el mundo, el mundo no podrá burlarse de tu confianza..... Y alguna vez te recompensará si bien obras, pues a la larga, a la larga, los méritos se imponen por su utilidad general. Aprécianse más por egoísmo que por generosidad; respétase a quien se aprovecha, y quien bien obra, aprovecha siempre a los demás. Sin esperar de los hombres, espera de la fuerza de las cosas. Sé tú el único timonel de tu nave, y cuando llegues bien cargado a buen puerto, realiza tus mercaderías, que si valen, compradores no te faltarán. ¡Y guay de tí si entregas el timón a manos extrañas, descansando en medio de las oceánicas borrascas de la vida !..... Mira el mundo; mira los hombres de frente y diles: Aunque no os pido ayuda, porque quiero bastarme a mí

mismo, os ayudaré. Si merezco premio, os lo perdono; si castigo, no me lo perdonéis. En cambio, si vosotros merecéis castigo, acaso os lo perdone; si premio, os lo otorgo.”

.....

¡ Hombres y pueblos fuertes en palabras y débiles en biceps, sólo los ideales de la verdad podrán arrancaros el énfasis engañoso de vuestras palabras, sólo los hábitos del esfuerzo podrán fortalecer los músculos femeninos de vuestros biceps! Porque virilizados vuestros músculos, serán más veraces vuestras lenguas. Porque veraces vuestras lenguas, trabajaréis en el bloque de los hechos, y no divagaréis, ¡ oh imbéciles fumadores de opio! entre el humo asfixiante de vuestras pipas.....

Quando se trata de sugerir a un niño ideales e inculcarle hábitos, no importa que no entienda ni pueda entender a sus años toda la conveniencia de esos hábitos, la trágica verdad de esos ideales. Basta que los anote en su memoria infantil como ejemplos que sus mayores consideran hermosos, acaso como fórmulas ininteligibles, como orientaciones oscuras..... Pues más tarde, después de pasada la pubertad, y aun más tarde, hacia el crepúsculo, más de una vez los sacaré, para aliviar su cansancio o mitigar sus penas, del archivo de su alma. Repetirá su letra, y entonces — precisamente entonces — comprenderá su espíritu. Es necesario salir del hogar para saber cuánto debemos al hogar. Es necesario salir de las aulas para saber cuánto debemos a las aulas. No me ha admirado el hallar, en las capillas de

Cambridge y Oxford, ciertas pequeñas urnas que encierran, por expresa disposición testamentaria de hombres buenos y grandes que allí se educaron, su corazón, pulverizado por el tiempo.

(De su libro *La Educación*)

C. O. BUNGE

El don

Oh vida, ¿me reservas por ventura algún don?
(Atardece. En la torre suena ya la oración),
Oh vida, ¿me reservas por ventura algún don?

Plañe en las ramas secas el viento lastimero;
se desangra el crepúsculo en un vivo reguero;
oh vida, ¡dime cual será ese don postreio!

¿Será un amor muy grande tu regalo mejor?
(¿Unos ojos azules, unos labios en flor?)
¡Oh qué dicha! qué dicha, si fuese un gran amor!

¿O será una gran paz? ¿esa que necesita
mi pobre alma, tras tanto peregrinar con cuita?
¡Sí, tal vez una paz.... una paz infinita!

....¿O más bien el enigma del que camino en pos,
se aclarará, encendiéndose como una estrella en los
hondos cielos, y entonces, ¡por fin! hallaré a Dios?

.....

Oh Vida que devanas aún esta porción
de mis días oscuros, suena ya la oración;
cae la tarde.....¡Apresúrate a traerme tu don!

AMADO NERVO.

Memento

“Sin duda es tarde ya para hablar de ella”, dijo Musset. No, yo no creo que sea tarde todavía.

Dicenta era para mí uno de esos amigos a quienes vemos, a lo sumo, una vez al año. Cuando cae un gran escritor, de los de mi generación, aproximadamente, suelo interrogarme a mí misma: ¿Qué huella dejó en mi sensibilidad? He notado que la tal huella no suele estar en relación con el carácter externo de la vida y obras del que acaba de morir, ni aun con las afinidades que pueden existir entre sus ideas políticas y sociales y las que guardo, sin proclamarlas, que a tanto no llega mi exaltación. Después de todo, es natural. No se recortan por patrón las simpatías, ni el hecho de pensar así o del otro modo influye tanto como se aparenta creer en el carácter, único dato decisivo.

No pretendo tampoco juzgar a los hombres por su manera de conducirse conmigo. Aparte de esta circunstancia, Dicenta, las pocas veces que pude hallarme en contacto con él, me pareció un literato sin las deformaciones profe-

sionales, sin envidia, sin vanidad. Y soy aficionada a colocar la moneda en la boca del muerto, como se hacía en los pueblos antiguos. Así podrán disponer de un recurso más para pagar la barca de Caronte.

Quizá un día u otro mi parecer sea un argumento favorable a la personalidad del albañil romántico. De su dramaturgia, es decir, de la más saliente de sus obras, he hablado con todo el aprecio que merece. Para mí tan digno de ser tomado en consideración es el gallardo Don Juan como Juan José, tizado de yeso. El caso es acertar a conmover las fibras humanas.

El momento en que me produjo Dicenta mejor impresión se relaciona con el estreno de su zarzuela "El duque de Gandía".

Ostentaba el ducado de Gandía entonces una de mis amigas, a la cual debo decir que le venía como anillo al dedo. Si las insignificantes facciones dulces y débiles, que se ven en las medallas y retratos de Madonna Lucrecia Borgia fuesen aquellos rasgos tan bien delineados, de honda y trágica expresión, de la inolvidable Julia, habría que leer los párrafos que consagrarían a su tipo físico los historiadores, en monografías tan nutridas y bien documentadas como la del marqués de Laurençín. Bromeando, Julia se llamaba a sí misma "La Borgia"; pero de las dos ramas contrapuestas en que se divide la familia valenciana de Borja, la de los santos y la de los que, no

sé si con entera justicia, pasan por réprobos, Julia prefería la que ha subido a altares, y profesaba a San Francisco de Borja devoción profunda. Sin embargo, a veces convenía conmigo en que aquel valeroso aventurero César Borgia, el "gonfaloniero della Chiesa", el príncipe ideal de Maquiavelo, merecía alguna atención y hasta admiración, por sus grandes intentos e iniciativas, y reconocía, habiendo leído muy pocos libros sobre el caso — pues era dama ilustradísima — que si los Borgias no procediesen de España, los historiógrafos italianos fueran más benignos con ellos. En la revisión de las biografías de los grandes españoles que está por hacer, y en la de su misión histórica, los Borgias pudieran salir algo menos tiznados de lo que aparecen en dramas, novelas, crónicas y chismografías de su época.

Al anunciarse el estreno de "El duque de Gandía", el nombre del autor sobresaltó a Julia. ¿Cómo será tratado el Santo? Amén de santo, jesuíta..... ¡Dios sabe lo que le espera!..... Y me comunicó sus temores. Yo desde un principio, la tranquilicé, relativamente. El talento de Dicenta impedía recelar un rasgo de mal gusto ni de clerofobia. Así y todo, la Borgia sintióse intranquila, y la propuse que liese de dudas yendo a ver un ensayo.

Pareció de perlas la idea. Para realizarla nos fuimos al teatro de la Zarzuela aquella misma tarde. A la puerta nos cerraban el pa-

so; pero con aplomo aseguramos que nos aguardaba "el autor" y que sería un olvido suyo no haber dado aviso. Lo creyeron y pasamos. En primera fila de butacas vimos a Dicenta. Acudió solícito y le advertí de que la señora que me acompañaba era "la Borgia," la duquesa de Gandía.

!!!!!!

El semblante del dramaturgo expresó una sorpresa de primer grado. Sucedió tal vez lo que nos sucede frecuentemente: que ciertos nombres no nos parece posible que los lleve hoy nadie; los creemos esfumados en los limbos de la historia. Recuerdo que al encontrar el apellido de Donoso Cortés en un señor extremeño sentí algo de extrañeza, como si no fuese la cosa más natural que los grandes hombres dejen una familia que continúe su descendencia. Dicenta tal vez no había pensado nunca que pudiese existir una duquesa de Gandía viva y actual. Pasado el primer asombro, extremó la cortesía. Y cuando supo el objeto de nuestra irrupción en el ensayo, la faz expresiva, los verdes ojos se iluminaron de condescendencia y bondad.

—No hay nada alarmante, duquesa. Va usted a verlo. Pero si algo la desagradase, dígame usted, que modificaremos lo que sea.

—Ya sabrá usted —le dije yo— y lo sabrá mejor que nadie, porque ha hecho el estudio del personaje, que San Francisco de Borja era

poco menos santo antes de su conversión que después. Su conversión no fué una renuncia al pecado y a las aventuras de una vida azarosa, sino solamente una profunda sensación de la vanidad del mundo, que llevó a su alma, naturalmente contemplativa, a la renunciación de todas las aspiraciones profundas. La ocasión fue, sin duda, la muerte de la Emperatriz; pero no había tal enamoramiento, ni a lo Petrarca ni a lo Boccaccio, y Campoamor se mostró más poeta que historiógrafo cuando escribió aquello de que la pobre doña Isabel de Portugal,

miraba al Rey, su primo y compañero,
con ojos que veían otra cosa.

—Es cierto —contestó Dicenta,— pero con tales elementos solamente no se consigue nada dramático..... Verán ustedes sin embargo, cómo he procurado respetar la verdad no haciendo del duque de Gandía un personaje folletinesco.

Yo no tengo a la vista aquella obra; pero, efectivamente, nada había en ella que desentonase. La misma Borgia la oía complacida. Sólo un coro, en que el duque de Gandía salía con alborotados compañeros cantando algo báquico y alegre, la contrarió. Juan José estuvo al quite. El arreglaría el coro.

Cuando nos despedimos, Julia me secreteó:

—No puede ser más amable. Estoy segura de que variará el coro. Vendremos al estreno.

Y así sucedió punto por punto. Varió Dicenta el coro, dejándolo anodino. Fiadas en su palabra—y bien se ve que podíamos—ocupamos un palco en el estreno y aplaudimos a rabiar a nuestro poético albañil. Yo batí palmas con poco menos entusiasmo que una noche en Novedades, representando el papel de Juan José el propio autor. Jamás supe ver en el impresionante drama algo social, algo que minase los cimientos del orden, sino un hermoso estudio del amor y de los celos, de la pasión, lo que puede suceder en todo tiempo, en cualquier organización de las que corresponden a nuestro tipo europeo, porque las pasiones también presentan otros matices en civilizaciones muy distintas. Y por no ser social, ni político, “Juan José” perdura, se tiene de pie mientras caen como las hojas tantas producciones dramáticas, aplaudidas un momento y olvidadas, porque en ellas no existe ese nervio del sentimiento humano, esa eterna palpitación que, como dijo Dante, mueve al sol y a las demás estrellas.

No hago aquí un análisis de “Juan José”. Quiero expresar por qué me fue tan satisfactorio encontrar en Dicenta un espíritu lleno de transigencia, abierto, cordial. Yo admiraba al dramaturgo, y me hubiese contrariado reprochar al hombre una de esas mezquindades impropias de la superioridad. Y toda la vida hallé en Dicenta la misma amistosa disposición; y

aunque tal vez a destiempo—dado el galope de los sucesos,—dejo esta violeta en la tierra que le cubre.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

Madrid, 1917.

La abeja

MINIATURA del bosque soberano,
Y consentida del vergel y el viento,
Los campos cruza en busca del sustento,
Sin perder nunca el colmenar lejano.

De aquí a la cumbre, de la cumbre al llano,
Siempre en ágil, continuo movimiento,
Va y torna, como lo hace el pensamiento
En la colmena del cerebro humano.

Lo que saca del cáliz de las flores,
Lo conduce a su celda reducida,
Y sigue sin descanso sus labores,

Sin saber, ah! que en su vaivén incierto
Lleva la miel para la amarga vida
Y el blanco cirio para el pobre muerto!

ENRIQUE ALVAREZ HENAO

El oído primero que la vista

EL primero de los órganos de los sentidos es el tacto, tan descuidado en la educación como despreciado por las gentes.

El hombre puede vivir faltándole todos los demás sentidos, uno por uno o en conjunto; pero si le falta el tacto le falta la vida; e igual cosa sucede en toda la serie animal.

Además, es el tacto el que nos enseña mayor número de cosas.

Por el tacto sabemos cuál es la forma, el volumen y la consistencia de los cuerpos. El corrobora, hasta la evidencia, lo que nos dan los otros sentidos, el grado de calor o de frío, y hasta del peso de los cuerpos ayudado de la contractilidad de los músculos.

Con razón decía Santo Tomás el apóstol: "Ver y creer, y para no errar, tocar."

Pero dejemos este asunto, que no concierne al título del presente escrito, y ocupémonos del oído y de la vista.

Digo que el primero de estos órganos es el más importante, y paso a ensayar las razones que me asisten, aunque desde luego tengo en contra la opinión de todas las damas conocidas, pues defienden la vista como si fuera ella las niñas de sus ojos.

Supongamos que nacen dos niños, uno sordo y el otro ciego. Horror nos causa saber que uno de ellos está en la oscuridad perpetua; pero el sordo de nacimiento será mudo, porque el que nada oye nada habla. El ciego aguza sus otros sentidos y llega a

ser un hombre sociable, destino al cual la humanidad está ligada. El sordo se retira de la sociedad y en su aislamiento se llena de ira y se convierte en un misántropo, enemigo de todo sér humano. ¿Cuál de los dos será menos difícil de educación y de adelanto?

Indudablemente el ciego. El perfecciona su oído, se hace amigo de la música y el canto, y esto además de dulcificar su carácter perfecciona sus facultades y pronto adquiere 'a idea de Dios y de sus atributos. Mientras que el sordo cada día está más estúpido, más iracundo y más enemigo de sus semejantes.

Por fortuna el abate L'Epée ha logrado dar alguna educación a los sordos y hoy hay escuelas para ellos en todas las principales ciudades del mundo.

También Mr. Haüy, hermano del célebre mineralogista, fundó escuelas de ciegos en donde se les enseña a leer de corrido y a escribir perfectamente, por medio de máquinas. Hoy leen llevando la pulpa de los dedos sobre libros que tienen letras en relieve, y al oírlos leer con tanta perfección, cualquiera diría que ven con los dedos.

Si recorremos la Historia, ella nos muestra individuos ciegos que han sido honra y gloria de la humanidad; y no encontramos en ella más sordos que Beethoven, sordo admirable que ejecutó bellas composiciones después de haber perdido el oído; mientras que no necesitamos saber mucha historia para hallar en ella poetas, historiadores, filósofos, matemáticos, naturalistas, médicos, músicos, mecánicos y oradores que han adquirido puesto muy notable entre los personajes de la historia.

Allí está Homero, padre de la poesía, quien compuso el primero y más bello poema del mundo, la "Ilíada", que él cantaba de puerta en puerta en cambio de un mendrugo de pan, y que si en vida no tuvo una patria que lo recogiera y amparara, a su

muerte se disputaban setenta ciudades la gloria de haberlo visto nacer.

Y Milton, autor del "Paraíso Perdido", escribió su obra después de haber perdido la vista.

Hipócrates, padre de la Medicina, escribió muchas de sus obras después de estar ciego.

Y nuestro Hipócrates cristiano, Doctor Manuel Uribe Angel, ejerció su profesión a tientas varios años, y lo vimos operar después de ciego y hacer difíciles diagnósticos guiado por el tacto y por el oído.

Mr. Thierry, historiador francés, escribió sus obras a la luz de la inteligencia, ya que le faltaba el dón de la vista.

Y Mr. Saunderson, Profesor de matemáticas en la Universidad de Cambridge, guiado por el tacto, medía ángulos de minutos y segundos en el teodolito, valiéndose del Verniére, como si estuviera viendo con una vista perspicaz. Y Saunderson fué ciego de nacimiento.

La gran Monografía de las abejas la escribió Huber, naturalista ciego de Alemania. Y el célebre Gautier lució en primera línea en Francia como virtuoso en la música y el canto.

Y el mecánico Montal, ciego de nacimiento, fué uno de los mejores constructores de pianos en el viejo mundo.

Y Rossenbach, célebre orador belga, también era ciego de nacimiento.

¿Para qué más historia?

El órgano del oído aparece primero en el niño, que el órgano de la vista; y desaparece el último en la postrera agonía.

Cuando la vista duerme, velada por los párpados, el oído queda como un centinela a pie firme. Si el oído tuviera párpados sucederían muchas desgracias.

¿Habrá algún paisaje, alguna belleza por grande que sea, que iguale a la sensación que causa la música en el oído humano y hasta en el de las fieras?

Cuando el individuo empieza a perder la vista, la va sustituyendo, poco a poco, con cristales de diversas formas.

Cuando el hombre empieza a perder el oído se hace impaciente, busca la soledad y vive de mal humor. Todo ruido le incomoda y siente ruidos que no se producen. Si un nieto le habla paso, se incomoda, y si le habla recio también se incomoda, porque cree él que se le habla golpeado.

¡Los sordos son muy desgraciados! Los hombres nacidos para vivir en sociedad, al perder el oído se retraen, se vuelven misántropos, odian la especie humana y terminan casi siempre por el suicidio.

“De todos los sentidos el oído es, sin contradicción, el que presta mayores servicios en las relaciones sociales, y el que contribuye más en el desarrollo intelectual: es la puerta de la inteligencia. *Intellectum dat qui auditum.*”

Compárense los sordos siempre melancólicos, irritables y desconfiados, con los ciegos, de continuo expansivos, alegres y parleros.

Es preciso que los institutores le den al oído la importancia que merece.

F. A. URIBE MEJIA.

(Colombia. Medellín.)

El porvenir nos mostrará el progreso de las naciones suramericanas cuando, al amparo de un régimen que establezca la república verdadera, en vez del siniestro simulacro que ha prevalecido en algunas de ellas, desaparezcan sus malos Gobiernos, los carnavalescos devaneos populares y el imperio de la mediocridad.

SILVANO O'SULLIVAN

In memoriam

I

Señor, en la lucha rendido,
su corazón te quiso dar:
con hondo llanto y hondo espanto
y sed de amor y sed de amar,
loco de paz y harto de olvido,
su corazón adolorido
en Ti se quiso refugiar....

Eran sus noches todas negras,
su esperanza llegar al fin;
dábale miedo el eco quedo
—que en la noche empezaba a oír....
Y en una, más que todas negras,
su corazón que al fin alegras
corrió a refugiarse en Ti....

Eras el sueño de su infancia,
y en la aridez de su razón
—desvanecido el santo encanto
del lejano, pueril fervor—
cual la pretérita fragancia
que de una ausente habla en su estancia
flotabas en su corazón

II

A la esperanza de otra vida
de que es la muerte despertar,
llegó en la calma de su alma

una obsesión a reemplazar:
la de el corazón del suicida
que la boqueante, ardiente herida
abre en una risa mordaz....

Dábale miedo estar a solas
y escuchar a solas la voz
confusa y fría que surgía
—a veces dulce, otras atroz—
como los ruidos de las olas
en la calma de la prisión.

Como los ruidos de las olas
que al prisionero hacen soñar
con la mar grande que se expande
en promesas de libertad.
Y la voz que escuchara a solas,
como los ruidos de las olas,
fué la voz de la eternidad.

III

Y una noche quieta en su alcoba quieta
¡sin pensar en Tí, Señor!
envuelto en la noche profunda y quieta,
otra noche busca más honda y quieta
para hundirse en ella con su dolor.

Desde el crucifijo tus nobles brazos
detenerlo quieren, Señor;
pero el odio humano clava tus brazos,
y con firmes pasos marcha a los brazos
de la que aniquila todo dolor.

Y cuando del cuerpo huyendo la vida
¡sin volverla a Tí, Señor!
tiembla en su mirada la última vida,

y empieza a perder de vista esta vida,
y empieza a ver otra en mudo temblor:

tus brazos divinos que clava el odio
desclava por fin tu amor;
y su ánima limpia de carne y odio
sabe que en tus nobles brazos no hay odio
y que Tú eres paz, olvido, perdón....

IV

Grabar rehusaron una cruz
sobre su lápida mortuoria;
y aunque por él también Jesús
murió en la cruz, de paz y luz
desheredaron su memoria.

Dicen que la razón altiva
pagó su orgullo en la locura;
y de la pasión pensativa,
para que viva siempre viva
como escarmiento, hacen impura

interpretación arbitraria;
y afirman jóvenes y viejos
que hay en la tumba solitaria
sin cruz, incienso ni plegaria
ejemplo atroz, graves consejos....

V

Y sin embargo—en Tí, señor,
su alma, limpia de carne ledra,
halla consuelo, paz, amor....
¡Ante Ti ni un acusador
lanzará la primera piedra!

Porque en el fondo de la vida
sabes Tú ver: así, bien sabes
lo que en cada pecho se anida;
y la infame sombra homicida
ver bajo el rostro humilde sabes.

Y cuando ante Ti comparezcan
el cruel, el vil, el falso,
harás que en ellos aparezcan
almas tales que no merezcan
ni la redención del cadalso.

Y tal vez los que aquí le acusan
sean ante Tí los acusados.
Y tal vez los que aquí rehusan
toda piedad—¡a tu piedad
deban sólo ser perdonados!

DMITRI IVANOVITCH.

*La fuerza salvadora de los pueblos está en sus
propias manos.*

*En las grandes transformaciones sociales las
energías populares no cuentan menos que las de los
Gobiernos. ¡Ay del pueblo que en este momento psi-
cológico se mantenga impasible! Triste y sombría,
la hora actual es tan oscura como la que precede
a la alborada; y la suerte de quienes no se prepa-
ren para acomodar su vida a las exigencias del
nuevo día, será fatídica e irrevocable.*

SILVANO O'SULLIVAN

Un cabecilla

De aquel molinero viejo y silencioso que me sirvió de guía para visitar las piedras célticas del monte Rouriz guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre. Quizá más que sus facciones, que parecían talladas en durísimo granito, su historia trágica hizo que con tal energía hubiésemme quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa que apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos, creo verle. Era nudoso, seco y fuerte, como el tronco de una vid patriarcal; los mechones grises y desmedrados de su barba recordaban esas manchas de musgo que ostentaban en las ocacidades de los pómulos las estatuas de los claustros desmantelados; sus labios de corcho se plegaban con austera indiferencia; tenía un perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpresiva de relieve egipcio. ¡ No, no lo olvidaré nunca !

* * *

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la primera guerra civil, echóse al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta a batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida a su hijo Juan María y se internaba en la montaña, seguro, como lobo que tiene en ella su cubil.

pasaderas bailarinas, tan amenazador con sus revueltas y encrucijadas, tan trágico con sus cruces negras, que recuerdan algún sangriento suceso, y tan viejo, tan viejo, que hasta en las lajas tienen impresas las huellas de los corros, surcos llenos de agua turbia, que semejan arrugas de la edad, labradas siglo tras siglo en la trocha, sombra, granítica y salvaje.

Anduvieron sin detenerse hasta llegar a una revuelta donde se alzaba un retablo de ánimas. El cabecilla encaramóse sobre un bardal y ojeó receloso cuanto de allí alcanzaba a verse del camino. Amartilló la escopeta, y tras de asegurar el pistón, se santiguó con lentitud respetuosa de cristiano viejo.

—Sabela, arrodíllate junto al retablo de las benditas.

La mujer obedeció temblando.

—Encomiéndate a Dios, Sabela.

—¡Ay, hombre, no me mates! ¡Espera tan siquiera a saber si aquellas prendas padecieron mal alguno!

El guerrillero se pasó la mano por los ojos, luego descolgó del cinto el clásico rosario de cuentas de alambriño dorado, y diólo a la vieja, que lo recibió sollozando. Aseguróse mejor sobre el bardal y murmuró austero:

—Está bendito por el señor obispo de Orense, con indulgencia para la hora de la muerte.

El mismo se puso a rezar con monótono y frío visviseo. De tiempo en tiempo echaba una inquieta ojeada al camino. La molinera se fue poco a poco serenando. En el venerable surco de sus arrugas quedaban trémulas las lágrimas; sus ma-

nos agitadas por temblequeto senil, hacían oscilar la cruz y las medallas del rosario: inclinóse golpeando el pecho y besó la tierra con unción.

—¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana.

—¡Hágase Jesús, tu divina voluntad!

Pero cuando vió al terrible viejo echarse la escopeta a la cara y apuntar, se levantó desparorida y corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡No me mates! ¡No me mates, por el alma de !.....

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada. El cabecilla alzó de la arena ensangretada su rosario de faccioso, besó el crucifijo de bronce, y sin detenerse a cargar la escopeta, huyó en dirección de la montaña. Había columbrado hacía un momento, en lo alto de la trocha, los tricornios enfundados de dos guardias civiles.

* * *

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó esta historia terrible, temblé recordando la manera azas expresiva con que despedí en la Venta de Brandoso al antiguo faccioso, harto de acatar la voluntad solapada y granítica de aquella esfinge tallada en viejo y lustroso roble.

R. DEL VALLE-INCLAN

Página de un diario

EN BARCELONA, DICIEMBRE 25—1911

Se murió ayer.

Hace pocos días la ví, flaquita y arruinada, recién excluída de la escuela. Y fue porque el médico dijo a la maestra que esa alumna era perjudicial.

“¡Y yo que no he hecho sino estar muy callada —pensaba la pobre niña—, estudiar mucho y ser muy puntual! ¿Qué quiere ese médico? Si la maestra jamás me dice nada.....”

Cuando, con el saquito de libros bajo el brazo, llorosa y huraña y meditando, llegó a su casa y contó que no la recibían más en la escuela y vió a su madre llorar sin hablarle de arreglar ese asunto, sintió la pobre niña eso que siente el que deja escapar una creencia muy querida y que le quema la piel la gota aquella de sangre purulenta, escapada por entre el araño del rencor.

Resignada, sin embargo, en vez de estudiar tosía y bordaba pañuelos. La cuidaban entonces más que antes y el amor, que en tantos casos mata, la tenía recluída en la sillita de lona, con mucho abrigo, muy a la defensa del viento, muy en un cuartito invariable, en donde ni repartían premios, ni contaban lo de Juana de Arco, ni se subía un puesto.

En el centro, la mesa con la lámpara y un retrato de Alfonso XIII.

A un lado de la sillita, una escupidera con agua fenicada y, hacia el rincón, la cama, en cuya cabecera, colgando, una Dolorosa con el rostro semioculto bajo

un manto azul, parecía dolerse del sufrir intenso, mudo, inconsciente, de la mártir de doce años.

“Nada pueden decirme. ¿No hay otras en la escuela que son más malas? ¡Y mamá que no va a hablar con la maestra.....!”

Cansada de que la cuidaran, ansiosa de aire, salió un día a la puerta que da a la calle. Cerca de la puerta jugaban los dos niños del vecino; dos viejos amigos de la niña enferma. Ella se acercó y quiso acariciar al más pequeño; el otro se interpuso: “¡No lo toques! —gritó colérico—. Tú estás podrida y lo matas.”

La chica volvió a su silla.

“¡Yo podrida.....!”

Un día oyó—¡tenía el oído tan fino!—que su mamá contaba algo a una señora visitante.

“Mejor sería—así dijo la madre—que Dios se la llevara pronto.— ¡Pobrecilla! Como que lo comprende todo.....”

En ese momento, la niña lo comprendía todo.

“Me echaron de la escuela; mamá quiere que Dios me lleve. ¿Qué quiere Dios conmigo si estoy podrida? ¡Y me decían que si era buena, sería feliz! No; si no me quieren, con no quererme, nada pierden. Yo he sido buena..... yo no molesto a ninguno.....”

Cada día más triste y desengañada; viviendo más a medida que vivía menos, dejó que el odio hiciera su trabajo, y en las entrañitas de la virgen impúber no germinaban ya las rosas fulgurantes de la dicha, y se agitó el microbio de la amargura y del desprecio.

“Era una infamia ¿Por qué la habían engañado? ¿De qué se querían vengar? Si apenas estaba madurándose para vivir ¿qué falta podía haber cometido?”

El dolor tuvo su término: un día sintió la enfermita un ardor en la espalda, entre los omoplatos, tosió y oyó entonces como si por dentro se derramaran

granitos; algo muy raro; algo parecido—no lo sé; pero lo creo—a lo que siente un duraznero cuando, al soplo de una brisa leve, cubre de flores el suelo. Gustó cuando se le llenaba la boca de un líquido amelado; escupió: era sangre.

Gritó y corrió a sentarse. Llamaron al médico. Ya era tarde.

La niña volvió los ojos y se murió convencida de que todos en este mundo la habían engañado; todos: sus amigos, la maestra, su mamá.....

ISRAEL VASQUEZ YEPES

Al examinar la vasta extensión del Continente suramericano y sus imperiosas necesidades, parece increíble que, en vez de hallarse unido por un ideal común, sea una mezquina política de desunión la que absorbe su vitalidad. Es la falta de previsión la que expone a esos riquísimos pueblos a una desolación que contrasta notablemente con la promesa que encierra su naturaleza fecunda.

Dijérase que en la actualidad falta a los pueblos suramericanos la saludable iniciativa que acabe con la costumbre de esperar su salvación sólo de los Gobiernos y de tener a estos como responsables de todo cuanto ocurre, aun en aquellos casos en que los pueblos esquivan el cumplimiento de sus más sagrados deberes.

SILVANO O'SULLIVAN

El triunfo de las democracias

Lo que dice Harden en la propia Alemania

En uno de los últimos números de su periódico *Zukunft*, escribe Maximiliano Harden el siguiente artículo:

El ofrecimiento de Zimmermann a México constituye una torpeza diplomática sin precedentes. Es mayor que la cometida por el Duque de Gramont en 1870, el cual se negaba a admitir la renuncia al trono de España como un triunfo de la diplomacia francesa.

Estamos reunidos en el milésimo día de la guerra, mucho más alejados de una victoria militar decisiva que al comienzo de la misma. El discurso de Wilson anunciando la entrada de los Estados Unidos en la guerra figurará en las obras escolares al lado de los de Demóstenes, Cicerón, Pitt, Mirabeau, Robespierre, Bismarck y Gambetta. Si los Estados Unidos hubieran permanecido neutrales, habrían amasado riquezas incalculables. Negar que Wilson es hoy el ídolo de una mayoría aplastante, que aumenta de día en día, sería engañarse a

sí mismo de un modo criminal. Quizás en los actuales momentos en Washington, Balfour, el filósofo frío, está en camino de unir a los Estados Unidos e Inglaterra a la China y el Japón: esa unión comprenderá mañana a la Rusia libertada.

La petulancia estúpida y ciega que comparaba ayer el ejército británico con el ejército de Falstaff, dirige ahora a los Estados Unidos su pesada ironía, proclamándolos incapaces de hacer nada útil. Pero si la guerra no termina antes de que los Estados Unidos hayan completado sus preparativos, la intervención americana traerá enormes consecuencias.

Los ejércitos de la Entente que ocupan Bagdad, la Meca, Valona, Goritzia, Salónica, una parte del Trentino y todas las colonias alemanas, y que en el mes de abril, en 12 días, nos han hecho miles de prisioneros, no ven tan trágico el mañana para que se hallen dispuestos a abandonar la lucha. Los muchos millones de hombres que integran el grupo de nuestros adversarios no tornarán humildemente a sus hogares sin haber visto depositado en la balanza el peso enorme de los Estados Unidos. ¿Cuál es nuestra mejor línea de conducta? El reconocer la realidad, el ordenar nuestra casa, a fin de que no aparezcamos ante el mundo co-

mo un pueblo abominable. Las democracias nos rodean por todas partes. No es un príncipe, ni una familia, sino una nación entera, la que debe asumir la responsabilidad de la paz que se concluya. La democracia es irresistible y su ayuda puede ser de una necesidad urgente para los príncipes. El pueblo alemán no podrá concluir la paz sin que previamente se dé cuenta de su situación actual. Debe hacerlo y lo hará.

MAXIMILIANO HARDEN

Pierrot

Hablábase de amor, que es tema siempre selecto en toda frívola reunión:

y como yo callara, hermosa dama pidió mi parecer en alta voz.

—¿El amor?... ¡Bah, señora!— Y dije entonces tan lindos chistes puestos en razón, con tanto chic y tan sutil donaire supe burlarme del pequeño dios, que a poco ví la concurrencia entera aplaudir mi sarcástica opinion.

Y más de una preciosa boca roja me otorgó un gestecillo encantador.

¡Ah! ¡Sólo tú, en tu obscura cárcel, gélida, no reías, llorabas, corazón!

FABIO FIALLO.

Amado Nervo

Lleva ya años entre nosotros. Desde 1905, que entró en la carrera diplomática, ha vivido en Madrid y en París. Nació en 1870 en Tepic, de México, y llegó a la capital en 1894. Escribió allí, sobre todo, en la "Revista Moderna", de la que fué propietario con otro poeta y más alentador de los poetas jóvenes que otra cosa, Jesús Valenzuela, aquel "rimador elocuente", que dijo Urbina, fallecido en 1911.

Amado Nervo es de los más distinguidos poetas mexicanos. Ruiz de Nervo fué su propio apellido. Hizo versos desde muy niño y a hurtadillas de su padre, que, como tantos otros americanos, creía ser pasatiempo desaprovechado para la lucha de la vida. Verdad sea que debía ampararse en su madre, que también a hurtadillas los hacía.

Cuanto sabe se lo debe a sí mismo, y su independencia artística queda bien probada, viéndole seguir su propia inspiración sin tendencia alguna literaria especial, en tiempos en que el modernismo, con todo aquel aire suave de Rubén, arrastraba consigo cual vendaval a la juventud toda poetizante de España y América. Sin duda su recia personalidad vale más

que la de tantos poetillas que por aquel entonces veíamos poner los ojos en blanco al acordarse de no sé qué princesas pálidas, tristes y solitarias paseando por el bosque. La mayor parte de aquellos liláceos poetas, tiempo ha se callaron; Amado Nervo siguió el sendero que su núnmen le iba trazando, y desde "Místicas", sus primeros versos, impresos en México en 1895, ha ido desarrollando su estilo propio.

"Es un poeta aristocrático, dijo de él Rubén Darío en Ateneo (1909); su música es de cámara..... A él se le ve sonreír, y, como de su tiempo esa sonrisa es triste..... Hombre de tranquilidad, de orden, con instintos de coleccionista y ciertos gustos de abad."

Lo de "sonrisa triste" creo yo que es propio de la poesía mexicana y no menos lo de la "tranquilidad" y el "orden". Acaso no sean menos mexicanos esos ciertos gustos de "abad", si con esta evocadora frase quiso Rubén indicar ese misticismo vago y semipanteístico que hace soñar a los poetas mexicanos y es la nota particular de Amado Nervo.

El cual por todo lo dicho, me parece a mí que es uno de los poetas mexicanos más mexicanos que ha habido. Es el poeta de las vagas y brumosas lejanías tristes del amor, ya como recuerdo pasado, ya como inquietud dolorosa, de una esperanza insegura y deleznable. Sin duda su fuerte impresionabilidad y su de-

licado ideal cerebral, acaso goce más con los ensueños o imágenes recogidas y modestas como la suya propia.

Sabe que puede haber felicidad en la tierra: más no la busca ni la quiere, por entender que la felicidad está dentro de cada cual, en lo que sueña recordando o esperando.

A esto llaman algunos misticismo y tienen a Nervo por un místico: pero no es más que un idealismo de apariencia espiritual y, sin embargo, tocado de delectaciones sensuales; un sensualismo refinado, de pura fantasía triste, como de cosa lejana; vago, que no sacude los nervios.

Bebió en el simbolismo de Verlaine lo vago y misterioso; del Parnaso tiene la claridad y la sencillez; de la raza, el fuego, por más que lo encuadra debajo de las cenizas. También Alarcón, el dramaturgo mexicano, lo encubría, sin que por eso dejase su calor de llegar a las damas, que se pirraban por él, corvado y todo, con harta envidia de los otros dramáticos madrileños.

Los versos de Amado Nervo más frecuentes son el endecasílabo de acentuación débil, el alejandrino, el dodecasílabo de hemistiquios y miembros de siete y cinco sílabas y el octosílabo acentuado en la tercera sílaba.

Su último libro de poesías, titulado "Serenidad" (1916), es una meditación de poeta que quiere serenarse con la solución que da a la

vida el panteísmo más o menos embozado; pero bien dice al cabo que el lector le repondrá: "Que mi serenidad es un poquito triste....." Y él a eso: "No es así, por ventura, toda serenidad".

La melancolía mexicana va de hecho en esa serenidad de anhelo en la que la razón no halla asiento. Es poético, es vago, al meditar. Pero es transparente la hechura de los versos como vaso cristalino: esmerado el contorno y con irisaciones rubenianas. Sobre todo en lo restante del libro Rubén le sopla a la oreja.

Es parnasiano en forma, ecléctico, opicúreo de fondo, ligero y ágil a lo francés, cortante y claro a lo español, humorista como quien duda de todo y ha de contentarse con cualquier cosa..... con la serenidad melancólica.

Es ya acabado poeta. Expresa deliciosamente las finas delicadezas del amor como un cortesano del palacio de los virreyes de su tierra. Tiene de Rubén, de Campoamor, de Bécquer; tiene de México, de Francia, de España; todo bien fundido. Es un poeta inconfundible: es él.

Acabaré con este párrafo, que tuvo la bondad de enviarme en carta particular:

"En cuanto a mi ideal poético, es bien sencillo: creo que el poeta debe elevar los espíritus hacia Dios. Poesía que no levanta el espíritu a lo *Absoluto*, es poesía inferior".

756 - Buscar, esperar siempre

CUANDO se espera alguna cosa muy grande, se saca de la belleza del fin el valor para afrontar los obstáculos, si las posibilidades de lograrla disminuyen.

Cuando más lejano está de la realidad el ideal, más apetecible es, y como el deseo mismo es la fuerza suprema, tiene a su servicio el máximo de fuerza, el deseo se acrecienta en proporción. Los bienes de la vida, demasiado vulgares, son tan poca cosa que comparado a ellos, el ideal concebido debe parecer inmenso; todos nuestros menudos goces se anulan ante el de realizar un pensamiento elevado.

Este pensamiento que no debe ser nada en el dominio de la naturaleza y hasta de la ciencia, puede ser realmente todo con relación a nosotros: es el óbolo del pobre. La acción de investigar la verdad no ofrece nada de condicional, de dudoso, de frágil. Se logra alguna cosa indudablemente, no la verdad misma (¿quién la alcanzará jamás?); pero al menos el espíritu que la hace descubrir.

Cuando uno se detiene en alguna doctrina siempre demasiado estrecha, es una quimera que desaparece en nuestras manos: pero andar siempre, buscar siempre, esperar siempre, esto sólo no es una quimera.